

WRIGHT, Richard (2007) *Chico negro*. Madrid: Unisón Ediciones.

Richard Wright, nieto de esclavos, nació en 1908 en la pequeña población de Roxie, en el Estado de Mississippi, uno de los corazones de la «América profunda», una de las áreas geográficas más pobres y donde más fuertemente arraigó el racismo de Estados Unidos, materializado en el Ku Klux Klan. Vagó en busca de la libertad por varias poblaciones del Sur, hasta que en 1935 se afincó en Chicago. Pronto, comenzó a trabajar en el Federal Writers' Project. En 1938 apareció su primer libro, *Los hijos del tío Tom*. También en esa década, castigada por la Gran Depresión, se afilió al Partido Comunista, al que estuvo vinculado hasta 1950, cuando manifestó, abiertamente, en la obra colectiva *El Dios que fracasó*, su decepción respecto al Partido. En 1940 publicó una de sus más afamadas obras, *Hijo nativo*, adaptada al teatro y estrenada un año tarde más por Orson Welles. Siguió a estas publicaciones otras: *Chico negro* (1945), *El extraño* (1953), *¡Escucha, hombre blanco!* (1957), *El largo sueño* (1958) y varios relatos de sus viajes por España, África y el Sureste de Asia. En 1950 se trasladó a París, donde murió, prematuramente, en 1960. Tras fallecer, vieron la luz varias obras más: *Ocho hombres* (1961), *Lawd Today* (1963) y la autobiografía *Hambre americana* (1977).

*Chico negro* pertenece a un género de literatura especial, capaz de descubrir al lector horizontes de la realidad más amplios, transportarle a otros mundos, poner a su disposición experiencias únicas e intransferibles, muchas veces lejanas temporal y geográficamente, invitándole a participar de las mismas, a tomar para sí un fragmento de los interiores del creador, ese que únicamente puede brotar de la pluma de quienes poseen voluntad, determinación y una inteligencia aguda y despierta, han transido por las vías de la Historia y dedicado la vida al trabajo intelectual serio, haciendo de la duda y la investigación un estilo de vida. Recuerda, en cierto modo, por lo riguroso, radicalmente humano y universal de sus reflexiones, por trascender

éstas los espacios y los tiempos, a obras como, v. gr., *Los orígenes del totalitarismo* de Hannah Arendt, *Rebelión en la granja y 1984* de Georges Orwell, *Archipiélago GULAG* de Alexandr Solzhenitsyn, *La rebelión de las masas* de José Ortega y Gasset, *La democracia en América* de Alexis de Tocqueville, *La fuerza de la Razón* de Oriana Fallaci o *Sobre la libertad* de Stuart Mill, ejemplos todos de las múltiples formas que pueden adoptar las cárceles de la libertad y de las posibles vías, nunca seguras y siempre arriesgadas, para, al fin, lograr ésta.

Mercedes Rosúa, autora de *El Archipiélago Orwell* y *Las clientelas de la utopía*, obras ambas de igual calibre a las anteriormente citadas, ha comentado sobre *Chico negro* lo que sigue: «Es un libro extraordinario por su perfecta, honesta y literaria transmisión del racismo y la inhumanidad en estado puro semejante, con el tratamiento de no-persona, al de los judíos con el nazismo. Tiene el nervio inconfundible de la verdad y la honradez, sin pretensiones, belicismos ni consignas. Es un superviviente y un solitario luchador silencioso en una época en la que no existían mullidos refugios para minorías, discriminados y acogidos a las ayudas oficiales. En estos tiempos nuestros de víctimas profesionales que cobran por serlo y por unirse a tan rentable chantaje del club plañidero, es reconfortante, moralmente necesario e históricamente enriquecedor esta aproximación a lo que es una víctima verdadera, sola, sometida a los rigores de la necesidad real, el hambre, la violación moral (¡recuérdese la escena de la iglesia!), el abuso físico, la animalización y cosificación. El protagonista rescata su dignidad y su vida y, al hacerlo, también las ajenas».

*Chico negro* narra los primeros veinticinco años de vida del autor, hasta que se trasladó al Norte, a Chicago, donde los horizontes de una vida digna y libre albergaban opciones de realidad. Fue la suya una vida sin infancia, con adolescencia atropellada y madurez anticipada. Condicionada por la pobreza —material y espiritual— más absoluta, el hambre, la enfermedad, la muerte, el miedo, la segregación, los odios

raciales, de blancos hacia negros y de éstos hacia sí mismos y hacia los primeros, los prejuicios de clase, la superstición y el misticismo tribales y el fanatismo religioso familiar. Y marcada por la permanente lucha por adueñarse de su destino, la búsqueda de la libertad, el gusto por la verdad, la exigencia de dignidad por la sola razón de ser persona, la constante confrontación de ideas e imaginarios colectivos con la realidad y la razón, el afán de ser y de ser más, de superación personal, a través del esfuerzo, el riesgo y el sacrificio.

Richard Wright, en esta obra, ha diseccionado, inteligente, honrada y valerosamente, el tejido social, desmontado un sinfín de ingenuas —no por ello menos peligrosas— entelequias e interesadas hermenéuticas, cartografiado la psique de inquisidores y liberticidas e indicado varias avenidas con destino los confortables, pero caros, *Jardines perdidos de la libertad*. De entre las cuales, la lectura, por las posibilidades que ofrece, aparece como una de las más fiables y recomendadas. Y es que, mediante tal ejercicio, las ventanas al mundo se multiplican y, poco a poco, no sin esfuerzo, se abren de par en par, la realidad cobra una nueva dimensión, la comprensión y aprehensión de ésta se hace posible, degustando, además, sus infinitos aromas, y el futuro cobra sentido. Permítame el lector, aun a riesgo de abusar de su paciencia, tomar un botón de muestra de esto último:

«Esa noche, en mi cuarto alquilado, mientras dejaba el agua caliente del lavabo templara mi lata de judías con chorizo, abrí "A Book of Prefaces" y comencé a leer. Me vi sorprendido y sacudido por el estilo, por las frases claras, limpias, precisas. ¿Por qué escribía así? ¿Y cómo escribía uno así? Me figuré al hombre como un demonio furioso, azotando con su pluma, consumido de odio, denunciando todo lo americano, ensalzando todo lo europeo o alemán, riéndose de la debilidad de la gente, burlándose de Dios, de la autoridad. ¿Qué era eso? Me detuve, intentando comprender qué realidad habría detrás del significado de esas palabras... Sí, este hombre estaba luchando, luchando con palabras.

Usaba las palabras como arma, las utilizaba como uno utilizaría una estaca. ¿Podrían las palabras ser armas? Bueno, pues sí, aquí estaban. Entonces, pudiera ser, quizá, ¿podría usarlas yo como tales? No. Me asustaba. Seguí leyendo, y lo que asombraba no era lo que decía, sino cómo demonios era posible que alguien tuviera el valor de decirlo.

Miraba alrededor a cada rato para volver a asegurarme de que estaba solo en la habitación. ¿Quiénes eran estos hombres acerca de los cuales Mencken hablaba tan apasionadamente? ¿Quién era Anatole France? ¿Joseph Conrad? ¿Sinclair Lewis, Sherwood Anderson, Dostoievki, George Moore, Gustave Flaubert, Maupassant, Tolstoi, Franck Harris, Mark Twain, Thomas Hardy, Arnold Bennet, Stephen Crane, Zola, Norris, Gorka, Bergson, Ibsen, Balzac, Bernard Shaw, Dumas, Poe, Thomas Mann, O. Henry, Dreiser, H. G. Wells, Mogol, T. S. Elliot, Gide, Baudelaire, Edgar Lee Masters, Stendhal, Turgeniev, Huneker, Nietzsche, y tantos otros? ¿Estos hombres eran reales? ¿Existían o habían existido? ¿Y cómo se pronunciaban sus nombres?

Pasé por muchas palabras cuyo significado no conocía y, o bien buscaba ese significado en un diccionario o, antes de tener la oportunidad de hacerlo, la encontraba en un contexto que aclaraba ese significado. ¿Pero qué extraño mundo era este? Terminé el libro con la convicción de que había vislumbrado de algún modo una parte enormemente importante de la vida. Una vez yo había intentado escribir, una vez había expuesto mis pensamientos, había dejado volar mi imaginación, pero la experiencia había ido expulsando lentamente de mí el impulso de soñar. Ahora afloraba de nuevo y yo ansiaba libros, nuevos modos de mirar y de ver. Lo que yo leía no era asunto de creer o no creer, sino de sentir algo nuevo, de verse afectado por algo que modificaba la propia mirada sobre el mundo.

[...] Leer era como una droga, un estimulante. [...] yo obtenía de esas novelas [...] un completo sentido de la vida. [...] Ahora tenía un hambre nuevo. [...] un

hambre peculiar hacia los libros, libros que abrieran nuevas avenidas para mis sensaciones y mi vista, [...] leía y preguntaba como sólo puede leer y preguntar el ingenuo e iletrado, y sentía cada día que era portador de una carga secreta y criminal. [...] Supe que las novelas me proporcionaban un mayor sentido de la lengua que las gramáticas. Leía mucho, y abandonaba a un escritor en cuanto sentía que había captado su punto de vista. De noche, la página impresa permanecía abierta ante mis ojos mientras yo dormía».

Además de por lo dicho, *Chico negro* sobresale por lo claro, vivo y preciso del lenguaje, la cadencia la narración y lo colorido de las descripciones de lugares, personas y acontecimientos. Así también por la traducción, muy cuidada, a cargo de Rafael Rodríguez Tapia, y la edición, que goza de una presencia mínima de erratas y errores tipográficos, buen papel, tipografía apropiada y generosidad de blancos, todo para hacer más cómoda y disfrutar al máximo de su lectura, sin empeñar en ello la vista.

No en vano *Chico negro* ha sido calificada como una obra maestra del relato autobiográfico, del análisis social y antropológico. Por ello figura en las listas de libros de obligada lectura y estudio en los institutos norteamericanos. Y bien podría serlo en las facultades españolas de Pedagogía, Psicología y Sociología, ahítas de refritos insípidos, atrapados en lugares comunes, rayanos al insulto a la inteligencia y ayunas, en la mayoría de los casos, de pensamiento original y al margen de la oficialidad.

Unas últimas palabras más. Irville Prescott escribió en *The New York Times*: «Si se escriben suficientes libros como este, si los leen los suficientes millones de personas, quizá algún día, con el tiempo, lleguemos a comprendernos mejor unos a otros y nuestra democracia sea más verdadera». Quien suscribe esta reseña también suscribe las palabras precedentes, y añade: ¿Tendrá el famélico Occidente el valor suficiente para pagar el precio de la libertad?

JOSÉ LUIS HERNÁNDEZ HUERTA